

LA MADRE DE FAMILIA.

**REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.**

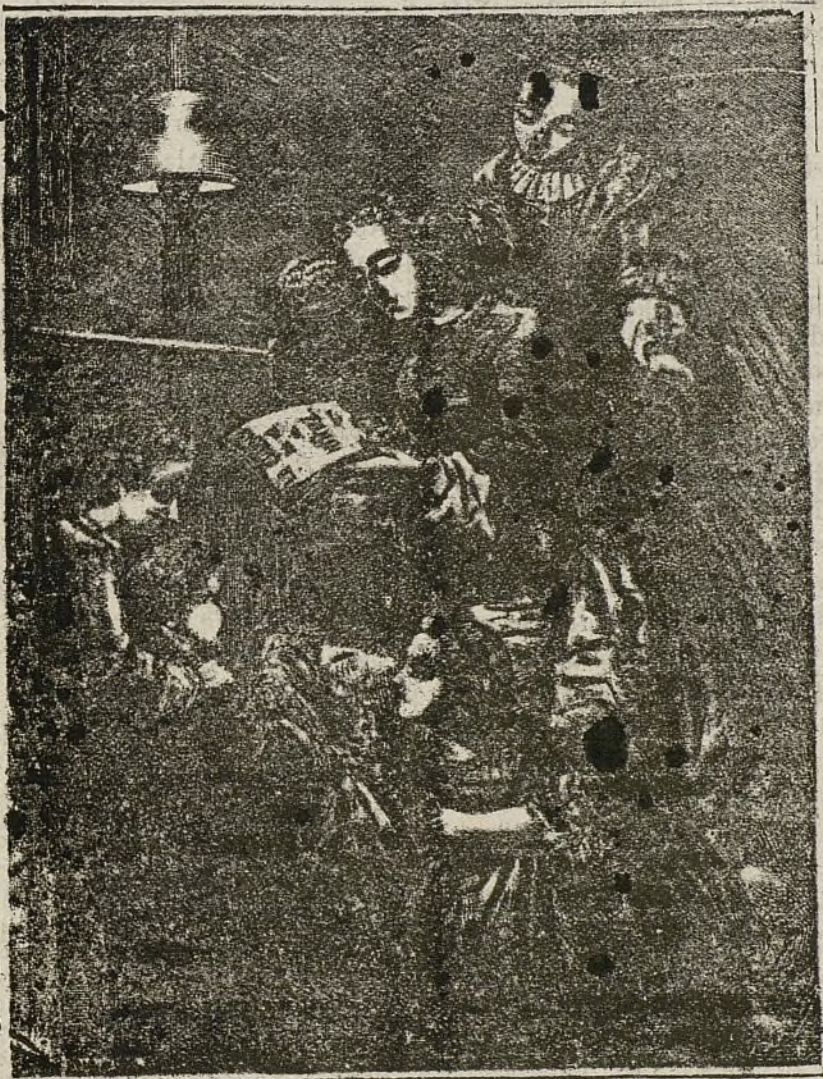
CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, secciones
doctrinal, y cuantos
hagamos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sa-
drá los días 8, 14, 22 y
30 de cada mes, y con-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



**SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.**

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que a-
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

30 de Diciembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 32.

IMPORTANTE.

Con el presente número
terminamos el 2.º cuatrimes-
tre del año 4.º de nuestra pu-
blicación. Como verán nues-
tros lectores, hacemos cuan-
tos esfuerzos están á nuestro
alcance para que La Madre
de Familia salga en los días
que tiene marcados, y así

sucederá dentro de muy bre-
ve plazo.

Á los Señores abonados de
fuera de esta capital á quie-
nes hemos remitido las liqui-
daciones de sus débitos, les
suplicamos de nuevo que los
hagan efectivos, pues nos es
violento tener que reclamar-
les repetidas veces, unas can-
tidades tan insignificantes.

SUMARIO.

La caridad. — Al Sol, poesía. — Calvario y redencion, cartas de tres hermanos. — El Padre nuestro. — Vida ejemplar que hace el Sumo Pontífice, Leon XIII. — Seccion doctrinal.

LA CARIDAD.

Escala santa por cuyos peldaños llegan los elegidos hasta las puertas del paraíso. Chispa divina que brotara de los labios del Salvador en la cumbre del Gólgota, como un remordimiento para la ciudad deicida, y como una esperanza para la humanidad entera. Virtud sublime que, cual faro inextinguible, vas alumbrando los escollos de la vida y dibujando en los horizontes del porvenir un mas allá dulce é imperecedero. Albergue bendecido de los desgraciados, en donde el vicio si traspasa tus dinteles, dirige una mirada vergonzosa sobre su conciencia, al contemplar en tí tanta grandeza: «porque tú todo lo sufres, todo lo crees, lo soportas todo.» (1.) Cadena de flores que ligas al rico con el pobre; á Dios con la criatura. Fuego inextinguible á cuyo calor se templan las pasiones y se purifican las ideas.

¡Qué seria sin tí de los que lloran!...

¡En qué error viven los que creen cumplida tu santa mision solo con arrojar una moneda al desvalido que les molesta con sus súplicas!

¡Qué mal comprenden tus deberes los que por ostentacion depositan en manos de los pobres una espléndida limosna!... Tú eres humilde como la violeta y como ella ignorada: tú no necesitas del mundo para que pregone tu nombre, porque tu nombre se halla escrito en el libro de los justos; tú no esperas que el desgraciado presente ante tí su escuálida mano, porque sabes buscarle lo mismo en la misera boardilla donde brilla la honradez, que en la cloaca inmundada donde se arrastra el crimen.

Yo te he visto fuerte y valerosa, dulce y resignada, perdonar á los que con impía boca se atrevían á manchar tu nombre inmaculado; yo te he visto revestida con el titulo de hermana de la caridad, velar noches enteras, con la solicitud piadosa de los ángeles, por el desgraciado, sin que su ofensa enervase tu labio para dirigirle palabras de consuelo y elevar tiernas plegarias al Altísimo: yo te he visto, en fin, envuelta en los crespones de la noche, correr en pos del pobre vergonzante, que falto de valor

para demandar una limosna, dirige su inseguro paso con el corazón traspasado por el dolor y por el hambre, á su mísero albergue donde solo le espera llanto y desolacion.

San Pablo, esa lumbrera de la Iglesia, ese hombre poseído del espíritu divino, que con el fuego de su palabra y la dulzura de su corazón, supo convertir á la religion del Crucificado centenares de almas extraviadas en Arabia, Jerusalem, Cesárea, Tarso y Roma: ese eterno consejero de los Corintios, Romanos, Gálatas, Efesos, Filipenses, Colónanos, Tesalonicenses y Hebreos, de quien dice Bossuet, «que si se perdiesen las pruebas del cristianismo, sus epístolas bastarian para demostrarlo,» forma, en una de sus cartas á los Corintios, de un solo rasgo el poema de la *Caridad* mas claro, mas preciso, mas sublime y mas en armonía con la ley cristiana que las edades contemplaron. Su voz poseída de la mas celestial dulzura traspasar quiere los siglos, disipar las tinieblas del error, fraternizar á la humanidad en amoroso lazo, y llevar al seno del hogar el purísimo manantial de las virtudes y el amor. Pero ¡ay! que la humanidad ensordecida por su egoismo y sus vicios, no oye su voz, no atiende su palabra, y sigue su curso en medio del Occéano de las pasiones, y delirante y ciega, no vé en el prójimo que llora mas que un estorbo á su felicidad, á quien no solo abandona, sino apostrofa é injuria.

Porque aquellas lágrimas amargas, expresion de las decepciones de la vida, que ungen y santifican el corazón del que las enjuga, queman y envenenan el alma del que vé deslizarse la existencia en medio de soñados placeres, y sin que la mas ligera nube empañe el sol de su felicidad.

Pero la sociedad desquiciada desde su origen, no sabe llenar, cual corresponde, el mas alto deber que tiene el hombre para con el hombre; apesar de esto ¿quién en su concepto repasando hoja por hoja el album de su vida, no encuentran alguna página perfumada por el olor de la Caridad?... nadie; y sin embargo ¿qué pocos pueden vanagloriarse de llenar estrictamente los deberes que ella impone!

No es la Caridad la que despues de injuriar, dá. No es la Caridad la que al dar exige: no es tampoco la que al dar, anhela conquistarse las miradas del mundo... no. «La Caridad es paciente, benigna, está llena de bondad, no es envidiosa, no hace nada malo de intento, no se infla, no es ambiciosa, no busca sus propios intereses, no se irrita, no piensa mal de nadie.» (2.)

(1.) San Pablo; epístola á los Corintios.

(2.) Ayuntamiento de Madrid. San Pablo, carta citada.

La Caridad vulgar, la Caridad egoísta, la falsa Caridad, no conmueve, no llena de dulce bienestar el corazón, no deja en el alma la luminosa estela que se unifica con la desgracia y que como un vigía de nuestra conciencia nos recuerda el bien para aborrecer el mal: su influencia solo habla al amor propio; á la vanidad.

Tomad, dice á sus elegidos, la mas grande de las virtudes teologales, yo os doy por pan y consuelos, tranquilidad y dulzura; por eso la Caridad del Apostol que es la expresion genuina de la cristiana, no solo lo es para el que la recibe, sinó tambien para el que la practica; y sinó: ¿no habeis sentido en el alma una vaguedad dulce, infinita, un bienestar que mece al corazón en un mar de risueñas esperanzas, una tranquilidad que no es del mundo y sí del cielo cuando, sin mas testigos que Dios, podeis proporcionar con vuestro modesto óbolo algunos dias de pan y felicidad al desgraciado?... ¿No habeis sentido temblar en vuestros ojos una lágrima, pura como las aguas del Jordan, y nítida como los celajes de la aurora, cuando resuena en vuestros oídos un «Dios os lo pague» unido al cadencioso murmullo de una oracion, que como una nube de incienso llega hasta el trono del Eterno?... pues era la Caridad, los frutos de la Caridad.

Si todas las clases de la sociedad se empaparan en la lectura del Santo Apostol, y sus palabras se hallasen estereotipadas en la conciencia de todos... la Caridad vendria á ser una verdad consoladora, no emponzoñando jamás el corazón humano, ni el egoismo, ni la envidia.

EDUARDO ARANDA DE LA TORRE.

Gajates, (Salamanca.)

AL SOL.



Astro divino que tu luz ostentas
En el inmenso azul del firmamento
Y con tus rayos á la noche auyentas
Llenándonos de vida y de contento.
La esbelta espiga con tu luz fomentas,
Haces brotar las flores á tu aliento
Y todo es esplendor, vida, armonía,
En la pradera y en la selva umbría.

Díme, divino sol, ¿quién ha esparcido
Tu hermosa cabellera en el espacio?
¿Qué mano poderosa ha suspendido
Tu disco cual magnífico topacio?
El hombre al contemplarte confundido
Aunque medite en tu extension despacio
No puede comprender tanta grandeza,
Tan alta majestad, tanta belleza.

Cuando te miro aparecer hermoso
Por cima de la roca mas gigante,
Mi pecho de emociones siempre ansioso
Se siente conmovido, palpitante;
Y elevando hácia el Todopoderoso
Mi pobre corazón todo anhelante,
Adoro su poder, que á una mirada
Hizo brotar el mundo de la nada.

Si contemplo del mar las verdes ondas
Cuando en ellas refleja la luz pura,
Pienso ver de brillantes ricas blondas
Mecidas en un lecho de verdura,
A mis ojos ¡oh sol! tu luz no escondas
Llenándome de luto y de pavora,
Quiero ver, á tus rayos refulgentes,
Endirirse el hielo y producir torrentes.

Quiero extasiarme con tu luz divina
Que fecundiza cuanto el orbe encierra,
Y ver en occidente cual declina
Tu hermosa frente tras lejana sierra.
Y mirar esa nube purpurina
Que con su manto tu camino cierra,
Dejando el mundo en ténues resplandores
Reposando cual ave entre las flores.

Yo te saludo, rey del alto cielo,
Que disipas del mundo el negro manto
Y postrada de hinojos en el suelo
Adoro á tu Hacedor, tres veces Santo.
Mis ojos te contemplan con anhelo
Y vierten de continuo dulce llanto,
Tu difundes en mi alma dolorida
Germen divino de esperanza y vida.

CARMEN RUIZ DE MONTESINOS.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María de Ossorio á su hermano Fabian.

Te sorprenderá que vuelva á escribirte hoy, mi buen hermano, sin esperar una carta tuya, aunque ellas me inspiran tal interés: pero te ofrecí terminar mi relato de ayer, y he querido cumplir mi palabra.

Cuando llegué á la estancia de Amelia conduciendo la niña en mis brazos, ella estaba levantada aun, y se sorprendió de un modo marcado al verme aparecer.

Su cejas se fruncieron, y en su hermosa frente se marcó una nube de disgusto, que me desconcertó á pesar de mi resolución.

—Qué significa ésto? exclamó. Yo creí que iba V. á cumplir mis órdenes.

—Oh! sí, murmuré, ya sabe V. E. que siempre estoy dispuesta á ello, pero esta niña me hizo temer...

—Qué? preguntó con el mismo tono.

—No sé.... le respondí, pero hace un instante temí que se hallase enferma... ó que...

—Enferma Elvira! dijo con menos acritud, explíquese V.

—Oh! quizá no será nada, añadí titubeando y rogando á Dios que me iluminase, quizá no será nada, pero hace un instante... ella estaba en el cuarto de su padre, se habia quedado dormida y empezó á agitarse y á delirar.

—Á delirar mi hija! balbuceó acercándose; pues qué tiene fiebre? Al decir esto pretendió inspeccionar la frente y las manos de la niña, y yo reteniéndola suavemente la dije muy bajo.

—No, no la toque V. E., pudiera despertar y eso seria un mal.

—Pero ¿que ha pasado? exclamó mirando á Elvira con afán.

—No sé explicarlo, quizá fué el sueño, quizá una pesadilla lo que la afligió. Yo la oí llorar, corrí á su lado, y la hallé palida y temblando... pero sus ojos estaban cerrados y á través de sus pestañas se veia brillar una lagrima. No me atreví á despertarla y aguardé: entónces algunas palabras se escaparon de sus labios que me hicieron estremecer.

—Pero ¿qué decia? preguntó Amelia, prestando gran atención á mis palabras, y olvidándose de todo por su hija, mientras yo daba gracias á Dios porque aquella mujer era madre ante todo. Qué decia?

—Llamaba á V. E., y exclamaba con acento de terror! «mamá, mamá, no te separes de mi lado, yo no quiero vivir sin madre, y si te vas quizá voy á perderte!»

La condesa dió un paso atrás, y fijó en mí sus ojos de un modo indescriptible.

En aquella mirada habia asombro, duda, terror, enojo, todo!

Yo finjí no apercibirme de ello, y continué.

—Los ángeles descienden á veces del cielo, y hablan con los niños mientras duermen, revelándoles secretos que á nosotros no nos es dado adivinar. Quién sabe! tal vez el serafín custodio de su madre ha venido á decir á esta niña que algun peligro la amenaza... que alguna nube está próxima á turbar el cielo del hogar que Él protege y cobija con sus alas.

¡Es tan fácil perder la paz... es tan fácil que una hija pierda el amparo, la santa ejida de la que le dió la existencia!

—Pero... ¿qué quiere V. decir, María? preguntó Amelia anhelante.

—Oh! nada! respondí temblando á mi vez y dominada por la emocion que me embargaba, ¡nada! solo referia á V. E. los pensamientos que las palabras de esta niña han hecho surgir en mi mente. ¡Quién sabe, he dicho, quien sabe si hay alguno que intente apartar á la mujer honrada de sus deberes y de su bien, á la esposa de su esposo, á la madre de su hija! porque... ¡ay! señora el golpe con que una mano traidora hiere la paz de una familia, no lastima solo á las que son objeto de él, mata primero el corazón de los hijos, que son víctimas inocentes de faltas que no han cometido, de pasiones que no han agitado su pecho: mata el porvenir, la dicha, el alma de un ser inocente y casto, puro é imaculado, que aprende á seguir el camino tortuoso que le marcan, ó á despreciar y á tener en poco á los que siguen por él. Ay! condesa, la mujer que es madre, no se pertenece á sí misma, pertenece á sus hijos, por cuya honra, por cuya paz, por cuya suerte, debe velar, pensando que la mas ligera sombra que oscurezca su nombre, manchará mañana el nombre sagrado de la hija de sus entrañas, ¡porque la sociedad no perdona ni olvida, y la calumnia como una oruga maldita, no solo emponzoña la rama en que se posa, sino que marchita tambien la flor que en ella se ostentaba!

—María, María! que quiere V. decir, murmuró Amelia con extravío: ¿V. supone... V. sabe...?

—Yo nada, señora! pregunte V. á su hija lo que me ha revelado en sueños.

—Mi hija sabe, mi hija comprende... oh! no! eso sería horrible, exclamó con espanto cubriéndose el rostro con las manos.

Aproveché este momento y me levanté yendo á colocar á Elvira en el lecho mismo de su madre.

La Virgen sin duda, cediendo á mis ardientes súplicas, habia hecho profundo y pesado el sueño de aquella niña, que estaba tan hermosa entónces, como estarán los serafines en la morada celestial. A ella, al besar su frente, confié la custodia de su madre.

Después dirigiéndome á la condesa, la dije con lenta voz.

—Elvira duerme ahora tranquila, y yo confío á V. E. su reposo. Voy á cumplir sus órdenes, y á velar junto al señor conde! Dios haga que esa niña, no vuelva á soñar que pierde á su madre! y si acaso, señora, despiértela V. E. y que vea que siempre la tiene á su lado, guardando su inocencia y su dicha y su paz.

Y sin aguardar su respuesta salí de la estancia y me encaminé con paso rápido á la habitación de Horacio.

Los criados dormían, él reposaba ó guardaba un silencio que nada interrumpió en algun tiempo.

Yo, atenta al menor ruido, esperaba la resolución de mi entrevista con Amelia. Á veces tenia esperanza de haber tocado la fibra mas sensible de su corazón. ¿Qué madre no retrocede en el camino del mal, si sus hijos están cerca de ella?

Á veces tambien temia haberla ofendido con las palabras que habia proferido; y de las cuales, pasado el primer momento de sorpresa, podia pedirme una explicación.

¡Cuántas ideas dominaban mi espíritu, cuantos temores agitaron mi corazón en aquella noche!

De pronto un ruido imperceptible llegó á mi oído entre el silencio que me rodeaba.

Alcé los ojos y ví una figura blanca y ligera adelantar hacia mí.

Era Amelia.

La luz de la lámpara iluminó un instante su semblante y en él pude sorprender la huella de recientes lágrimas.

Se adelantó hacia mí, y mirándome de un modo profundo y significativo,

—Vengo á ocupar mi puesto junto al lecho de Horacio, me dijo; vengo á reclamar mi lugar! vaya V. á descansar... Vaya V. junto á Elvira, por la que tan bien sabe velar, y cuando despierte, tráigala V. aquí para que me vea junto á su padre, y no abrigue temor por mí,

La intencíon con que pronunció estas frases era tan marcada, que no admitía duda lo que con ellas me quiso decir.

En aquel momento hubiera estrechado su mano y la hubiera cubierto de lágrimas!

Ella noto mi emoción y me dijo solamente.

—Gracias, María!

¡Ay! aquellas gracias no eran sin duda por el servicio que la habia prestado cuidando de su esposo, eran sin duda por el favor que la habia dispensado recordándola su deber.

Sin embargo, yo no debí manifestar que la habia comprendido.

Me alejé, contestándola solo con una mirada.

Al llegar á la puerta volví la cabeza instintivamente y ví que habia caído de rodillas á los pies de la cama de Horacio, y aun creí percibir el eco de un sollozo.

Oh! yo tambien lloré y caí de rodillas cuando entré en mi cuarto, para dar gracias á Dios por que la condesa sin duda estaba salvada!

Al llegar á aquí hermano mio, dejo la pluma me siento agitada y necesito descansar.

Ya ves que hago cuanto puedo, y que nadie podrá acusarme de no cumplir con mi deber.

Espero impaciente tu carta, para que ella al menos derrame algun consuelo en mi corazón, sabiendo que tu apruebas la conducta de tu pobre hermana,

MARÍA.

Enriqueta Lozano de Vilch ex.

EL PADRE NUESTRO.

En un villorrio cercano á Ginebra vivia un pobre pastor que guardaba un hatillo de ovejas. Muchas veces habian intentado instruirle en las verdades de la salvación, ó cuando menos enseñarle el *Padre nuestro*. Pero el infeliz muchacho, lleno de buena voluntad, escondia bajo sus rizados cabellos y detrás de su interesante figura, una memoria tan ingrata y una tan escasa comprensión, que no habia podido retener de él siquiera la primera palabra. Tenia por costumbre llevar su rebaño cerca de la gruta de Sable-nay, término favorito de los paseos del santo Obispo de Ginebra. Todos conocian el fervor, la caridad y la benevolencia de san Francisco de

Sales, que en sus visitas pastorales nunca se desdeñaba de conversar con los mas rudos y sencillos, escuchando con el mayor interés todos los detalles que le daban sobre sus familias, sus mieses y sus rebaños, complaciéndose siempre en derramar sobre sus almas el bálsamo consolador de la caridad, sea aliviando, sea compadeciendo su infortunio.

Un día estaba sentado debajo de un emparra-do que le habian construido los agradecidos habitantes del lugar. Cerca de él habia la gruta de Sablenay, de la que salia un límpido arroyo, cuyas aguas frescas y puras corrían murmurando bajo sus piés; un suave céfiro mecía los árboles del bosquecillo cercano, y un jóven pastor hacia resonar el aire con las cadenciosas notas de que se sirven las gentes del país para entretenir el ocio al apacentar sus rebaños. No obstante, nada parecia distraer los pensamientos del santo Obispo, que tal vez entonces meditaba en las bellas y utilísimas instituciones de que dotó mas tarde al mundo católico. Pero la encantadora sencillez del paisaje que le rodeaba disipó poco á poco los graves ensueños de Francisco de Sales, que viendo por vez primera al jóven pastor, le hizo señal de que se acercase. Era el pastor corto de alcances, de que hablábamos al principio.

El muchacho se adelantó todo confuso, estrujando entre sus manos su sombrero de paja, y se detuvo á respetuosa distancia del noble Prelado, con la vista en tierra y esperando que le preguntase.

—Amiguito, le dijo el santo Obispo, ¿amas mucho á tu hermoso rebaño?

—¿Mi rebaño? ¡Oh! sí, Monseñor, porque con el producto de la leche nos mantenemos mi madre y yo.

—Y a tu madre, ¿la amas tambien? continuó el piadoso Prelado.

—¿Mi madre, que me abraza cada mañana y tarde si soy bueno? ¡pues vaya si la quiero!

—¿Y á Dios, que te ha dado tu madre y tu rebaño, le amas tambien mucho?—insistió Francisco de Sales.

—¡Ah! exclamó el saboyano, bien quisiera amarle; pero me dicen que para esto conviene que sepa rezar el *Padre nuestro*, y ¡cuesta tanto! nunca he podido retener en la memoria una sola palabra.

—¿Como! ¿y que edad tienes, hijo mio?

—Doce años cumpliré luego.

—¿Doce años, y no sabes todavía el *Padre nuestro*? Pero ¿te gustaría aprenderlo?

—¡Oh! sí, Monseñor; es tan hermoso saber rogar á Dios!

—Pues, mira; yo mismo te enseñaré á orar. Acércame tus ovejas.

Aquí va á desplegarse toda la caridad que anima al santo Obispo, toda su paciencia, toda su grandeza de alma.

El pastor trae su rebaño á los piés de su maestro.

—Ahora, dice Francisco de Sales, pon tus ovejas en semicírculo á nuestro alrededor.

Hízolo el pastor, y el piadoso Obispo le dijo:

—Hijo mio, ¿conoces bien á todas tus ovejas?

—¡Oh! en cuanto á esto, nunca me equivocaría. Á veces se mezclan con las de un vecino que se llama Santiago, pero yo siempre las reconozco.

—Bravísimo; pero si á cada una le dices un nombre, ¿te acordarias de él?

—Lo probaría, Monseñor.

—¡Ea, pues! ensayémoslo. Primero á esta que va delante de todas la llamarás *Padre*.

—¡*Padre!* repitió el pastor.

—La segunda, *nuestro*.

—*Nuestro*.

—La tercera, *que estás*.

—¡*Que estás!* De esta sí que nunca me olvidaré, porque me la dió mi madre el día de mi Santo, y era entonces un corderillo. Ved como ha crecido; es la mas gorda del rebaño.

—Bien, hijo mio: aplaudo los sentimientos que manifiestas por tu madre. Tienes buen corazón, y de seguro aprenderás. La cuarta se llamará *en los cielos*.

—*En los cielos*.

—La quinta, *santificado*.

—*Santi..., Santi..., ficado*, dijo el pastor aturdido; ¡oh! ¡qué largo es este nombre! Me va á costar mucho aprenderlo. Podría servir para dos ó tres ovejas.

—Ensáyate en repetirlo, dijo el paciente Obispo: *Padre*.

—*Padre*.

—*Nuestro*.

—*Nuestro... que estás*, dijo el pastor adelantándose al Prelado.

San Francisco sonrióse, y continuó: *En los cielos*.

—*En los cielos*.

—*Santificado*.

—*Santi..., Santi..., ficado*.

—*San... ti... fi... ca... do...*, repitió el Obispo

—*San*, dijo el pastor nombrando una oveja *ti... fi... ca... do...*—Y á cada sílaba señalaba una nueva res.

—Poco á poco, repuso el santo varon con inalterable paciencia y dulzura; *Santificado es pa*

ra una sola oveja, y no para cinco. Comencemos otra vez.

Y hé aquí á nuestro Prelado y á nuestro pastorcillo esforzándose el uno en decir y el otro en repetir todas las palabras del *Padre nuestro*, hasta que la estrecha cerviz del pastor se abrió lo bastante para retener el nombre de todas sus ovejas.

Logrado todo esto, San Francisco dijo:

—Ahora, hijo mio, cada mañana y cada tarde, cuando pases revista á tu rebaño, no te olvides de llamar por su nombre á cada una de tus ovejas, y mientras tanto pensarás en Dios. Este será tambien un excelente modo de rogarle y amarle.

Pocos meses despues el virtuoso Prelado, volviendo á su querida gruta de Sablenay, encontrase otra vez con el pastor. Estaba en pié, como si esperase á alguien, con los ojos bajos y con aire tímido. El viento movia sus rubios cabellos; su rebaño pacia allí cerca, y él ocultaba con su sombrero algun objeto que tenia en la mano.

—Monseñor, dijo, os espera porque quisiera...

Y los sollozos cortaron su voz.

—Vamos, hijo mio, ¿que quieres? le dijo el Prelado acariciándole; no temas..... mírame al rostro

El pastor levantó sus ojos azules anegados en lágrimas, y algo animado por la afable sonrisa del santo Obispo, le dijo:

—Monseñor, quería ofreceros estas dos tortollillas, pero temia ofenderos.

Y apartando su sombrero, mostró á su maestro admirado dos tórtolas de relumbrante blancura que reposaban en un nido de plumon.

—Gracias, hijo mio, dijo San Francisco estrechando contra su pecho la cabeza del pastor. ¿Con que te has acordado de mí?

—¡Oh! sí, Monseñor, cada dia, al hacer mi oracion, pensaba en vos, que me la habeis enseñado.

—¿Es decir que no has olvidado tu *Padre nuestro*?

—¡Oh! no; ya vereis como sé decirlo.

Y en efecto, la ingeniosa caridad del humilde Obispo habia logrado hacer retener al pobre zagal las primeras palabras del *Padre nuestro*, y el mismo sistema empleado dos ó tres veces consecutivas acabó de hacerlo aprender por entero. El pobrecillo pastor no olvidó nunca mas la oracion tan discretamente enseñada, y fué siempre un fervoroso cristiano.—X.

VIDA EJEMPLAR

QUE HACE EL SUMO PONTÍFICE,

LEON XIII.

«Madruga mucho, como que á las cinco y media lo mismo en invierno que en verano, ha dicho misa A las siete toma un frugal desayuno: despues durante los meses de verano y de la primavera, pasea media hora por el jardin: en el invierno se pasea por la Lógia de Rafael. A las ocho recibe al señor Secretario de Estado y despacha los negocios pendientes con los gobiernos extranjeros. Hacia el medio dia, dá audiencia á los Cardenales prefectos de las congregaciones eclesiásticas, y mas tarde recibe á las diversas personas, ya de Roma, como fuera de Roma, que quieren ver al Papa, oír su voz y recibir su bendicion.

A las dos próximamente le sirven su poca de comida, en la que no invierte mas de tres cuartos de hora. Acompañale á la mesa su hermano, Suprefecto desde hace poco tiempo de la biblioteca del Vaticano.

En seguida de concluir de comer descansa por unos minutos, y acto continuo empieza á trabajar con sus Secretarios privados y el Prelado Pecci en el despacho de su correspondencia particular, despues de lo cual dá el paseo de costumbre, acompañado de los Monseñores de su intimidad, en el jardin, en los Museos ó en la Biblioteca, segun el tiempo. El paseo concluye al toque del Ave María.

Vuelto á sus habitaciones, permanece durante una hora con el Caudatario, con que reza las horas, y en seguida vuelve á recibir á sus subalternos. A los diez autoriza á los Prelados para que se retiren, y se vá á acostar seguido de su primer camarero.»

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Esto, señorita, respondió Julian, ha sucedido, así al menos lo aseguraba mi padre.

—Vaya, pues empiece V., dijo la niña impaciente.

Julian, alhagado por la atención que le prestaban todos, empezó de este modo.

—Había un señor muy rico, pero muy viejo ya, que cansado de los negocios, pensó pasar tranquilamente los últimos días de su vida, y para ello, llamó al único hijo que tenía, y poniendo en sus manos las llaves de sus arcas,

—Toma, le dijo, cuida tú de nuestra hacienda y yo viviré contigo y con tu esposa sin que nada pueda faltarme: tú y ella mirareis por mí, y mi nieto alegrará la tristeza de mi ancianidad.

Muy contento el hijo por entrar en posesión de aquellas riquezas, ofreció no temer mas voluntad que la de el autor de sus días, ni mas afán que complacerle en todo. En las primeras semanas todo fué bien, y todo era alegría y mimos para el anciano, pero pasó algun tiempo, y á los achaques de la edad vinieron á mezclarse las molestias de la enfermedad. Por desgracia el hijo no estaba enseñado á ver en su padre la imagen de Dios, y empezaron á disgustarle las impertinencias del viejo, como él llamaba á las dolencias del enfermo. La nuera, siguiendo el impulso del marido, ni respetaban ni consideraba al anciano, y el nieto, aprendiendo de ambos, se burlaba de su abuelo, y jamás se arrimaba á prodigarle una caricia. La situación del infeliz era insostenible en aquella casa.

Un día, no sé con que motivo, tenían mucha gente convidada, y ellos lujosamente vestidos se ocupaban en hacer los honores de la casa.

El anciano relegado en su habitación, había querido bajar dos ó tres veces para asistir á la reunión.

—Papá, dijo el niño acercándose á su padre; el abuelo se empeña en venir, y ya va á levantarse para hacerlo.

—Eso no puede ser; su presencia disgustaría á nuestros huéspedes, su aspecto sucio y desarreglado nos pondría en evidencia: dile que permanezca allí, que los viejos no están bien en las diversiones.

Subió el niño, y repitió las palabras de su padre al anciano, que furioso quiso saltar del lecho, quejándose amargamente de el trato que recibía.

El muchacho se burló de su enojo, y volvió á decir á su padre lo que ocurría, y que en vano los criados querían sujetar al enfermo.

—Vé, y da órden que le quiten la ropa y así se verá obligado á permanecer en la cama, y á no presentarse en el salón para aguar la fiesta.

El niño corrió á ejecutar aquella órden, y á poco rato volvió muy gozoso y llamando aparte á su padre, le dijo á media voz para que nadie pudiese oírle;

—El abuelo se ha puesto hecho una fiera; á saltado de

la cama y envolviéndose en la manta á dicho que se vá de esta casa, y que pedirá limosna antes de volver donde le tratan tan villanamente.

—Pero no le han detenido? preguntó aquel hombre alarmado.

—No, dijo el niño con alegría, pero he hecho otra cosa mejor.

—Otra cosa! y cual? preguntó el padre con afán.

—Mandar á los criados que le quitasen la mitad de la manta y que la pongan en tu cuarto, respondió la inocente criatura con acento reservado.

—En mi cuarto y para qué? exclamó el padre sin comprender aun aquellas palabras.

—Toma! exclamó el niño; para que la guardes, y cuando yo sea grande y tú estés asqueroso y malo como el abuelo, y yo no quiera que estés conmigo, ni que te vean las gentes, y te heche de casa, tengas con que envolverte, para ir también á pedir limosna.

Aquel hombre quedó aterrado.

Miró á su hijo con espanto, y comprendió la terrible lección que Dios le daba por boca de aquel niño.

—¡Y serías capaz! gritó mirándole con dolor. Serías capaz de hacer eso conmigo!

—Pues no lo haces tú con el abuelo? ¿no es él tu padre también? preguntó el niño tranquilamente.

—Oh! sí, tienes razón, tienes razón! murmuró cubriéndose el rostro con las manos, miserable de mí, que sembrando cizaña quería recoger espigas! miserable de mí, que enseñando la culpa intentaba evadir el castigo. Anda, anda, sigueme en pos de tu abuelo y vamos á pedirle perdón, y á presentarle á nuestros convidados en el lugar que corresponde al jefe de la familia.

Desde aquel día el anciano fué tratado con el respeto y la consideración á que los años y la paternidad le daban derecho, y el niño aprendió con el ejemplo de su padre á honrar á este y hacer dichosa su vejez.

—De modo que sería luego bueno con los suyos, es verdad, abuelita? preguntó Julieta con interés.

—Sí, porque ya ha dicho Julian, que aprendió con el ejemplo de su padre, y el ejemplo es el todo, hija mía. Ahora y despues de lo que Julian acaba de decir es preciso que sepais todos, que al respeto, y sobrepujándole á este, debe unirse el amor: el amor que todo lo embellece, que lo vivifica todo, no es nunca tan hermoso y tan casto y tan desinteresado como cuando se asienta en el alma de una mujer, y pone en su frente la corona de madre. ¡Cuántas horas de abnegación! ¡cuánto desprendimiento de sí misma! ¡qué insondables misterios de ternura y de sacrificios se encierran en el corazón de la que divide su vida en otra vida, y dá su ser á un nuevo ser! Porque ¡qué mujer habeis visto que no se prive del reposo, de los placeres, de la comodidad por cuidar, por asistir, por velar junto á su hijo? tended la vista en derredor y fijarla en cualquiera madre. Si es rica, prescinde de sus adornos, de sus placeres, de su vanidad. desde el día que sabe que no vive para ella sola.

(Se continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.